



Adán Josué Brand Galindo

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas

Además de haber hecho mis estudios de preparatoria en el Bachillerato de la UAA, obtuve mi Licenciatura en Letras Hispánicas (LLH) en esta casa de estudios. Entré inicialmente a la carrera de Psicología y, después de unos meses, entendí que mis intereses –aunque estaban enfocados en los mecanismos de la cognición humana a través de las interacciones verbales– eran más cercanos al campo de la lingüística y la literatura.

Desde pequeño se generó en mí una fuerte curiosidad por los procesos y efectos de la comunicación, así como de la belleza intrínseca de ese milagro que es entendernos mediante impresiones acústicas y un número limitadísimo de trazos visuales utilizados de manera recursiva (por supuesto, en aquel entonces no podía verbalizarlo en estos términos). Esta curiosidad fue aumentando con el tiempo, pero fue hasta mi tránsito por la LLH que aprendí a estructurar mis preguntas de manera adecuada para encontrar respuestas. Como sucede al enfrentarnos a la Hidra del conocimiento, de cada respuesta encontrada (cada cabeza cortada) emergían dos, tres o más cuestionamientos nuevos, que me parecía apremiante resolver. En la Universidad se maceró la vena de investigador que latía en mí desde pequeño y que –estoy seguro– todos poseemos en la infancia. La generosidad de mis docentes y de la carrera me permitió explorar también mi veta creativa y, de ahí, mi interés particular por la creación poética.

Así, en esta etapa de mi vida se tendieron los rieles y durmientes para que después yo pudiera hacer el viaje profesional que ahora estoy haciendo, a caballo entre mi trabajo como poeta y ensayista, por un lado; y como analista y asesor de discursos, por otro. Desde las bases adquiridas en la Universidad me fue posible ingresar a la Maestría en Lingüística Aplicada en la UNAM y profundizar mucho en estudios de pragmática, semántica cognitiva y análisis del discurso; así como incorporarme a la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de Poesía.

Terminado ese enriquecedor periodo de aprendizaje, tomé la decisión de no realizar un doctorado sino de encontrar cuanto antes los caminos para retribuir a la sociedad lo que me había dado, y para poner a prueba en el mundo real los conocimientos y las habilidades adquiridas. Desde entonces, he tenido la oportunidad de dar clases en mi *alma mater* –de Análisis del discurso, Metodología de la investigación y lingüística–, y en la Sociedad General de Escritores Mexicanos (SOGEM) –Análisis y redacción de textos creativos–. También he brindado conferencias, ponencias y talleres en diversos lugares del país, con la consigna personal de promover el pensamiento crítico, la argumentación racional, la lógica y la escritura clara y asertiva.

Simultáneamente, he ejercido como asesor, coautor, coordinador y editor en proyectos editoriales de la UAA y de organismos como el Instituto Estatal Electoral de Aguascalientes; como auditor y asesor de instituciones como el Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (CENEVAL); como revisor de textos en proyectos del Gobierno de Aguascalientes; como asesor y escritor para la rectoría de esta casa de estudios, y también como escritor y colaborador esporádico para organismos de la talla de Canal 22 y de la UNESCO. A eso se suma mi trabajo como poeta, desde el que he elaborado y publicado –hasta ahora– cinco libros como autor único, y he participado como coautor en decenas de publicaciones dentro y fuera del país.

Para no caer en la eterna discusión sobre si el arte debe ser útil para justificarse, quisiera decir que, si uno de los grandes problemas de la sociedad es su creciente incapacidad para generar pensamiento crítico e imaginativo, mi aporte se cifra en el empeño que he puesto a mi labor como docente y tallerista, donde he trabajado mucho por brindar herramientas a mis estudiantes para que vayan contra la corriente y no dejen que las coyunturas políticas e ideológicas los usen como tontos útiles: sea clase de lingüística, de metodología o de poesía, he centrado toda mi atención en

generar lectores y escritores de pensamiento autónomo, verdaderamente crítico y, simultáneamente, imaginativo.

Como poeta he escrito textos necesarios para mí, que considero podrían serlo para otros por ser rutas verbalizadas de aquello que sienten, pero no pueden expresar, o de aquello que no lograban comprender en su interacción con otras personas; de alguna u otra forma, mi labor también es abrir caminos para la autocomprensión, el análisis de la complejidad humana y la construcción de empatías razonadas. Finalmente, como colaborador (*ghostwriter*, coautor, asesor...) de diversas instituciones, cuyos textos tienen un alcance importante (a veces por el *target* al que van dirigidos, a veces por la exposición masiva) creo que he abonado a posicionarse en la discusión pública argumentos importantes para defender los derechos humanos y desenmascarar mitos contemporáneos desde los que han emergido formas recicladas de añejos cánceres sociales, como los maniqueísmos, los juicios sumarios, los linchamientos (ahora digitales) y las cancelaciones. He pagado el precio de ceder a otros la autoría de textos en los que me he volcado, con tal de que pudieran llegar a públicos amplios y abonar un poco a la generación un cambio en el pensamiento de nuestras generaciones.

A la mitad de mi camino, todo reconocimiento dado a mi obra académica, profesional y poética funciona como un recordatorio de todo lo que la sociedad me ha dado y de lo que espera de mí. En la medida de mis posibilidades, seguiré retribuyendo con frutos de calidad a la confianza recibida.

Para mi familia, haber estudiado en la UAA significó –para empezar– el inicio de la propia familia, pero también haber dado un paso hacia adelante en términos de preparación académica y posicionamiento social. Con respecto a lo primero, mi papá y mi mamá se conocieron cuando ambos eran estudiantes del Centro de Educación Media de la UAA. Posteriormente, se reencontraron en la carrera de Contaduría de esta misma institución. De sus interacciones en estos años fundamentales para sus vidas, se derivó su relación sentimental y su posterior matrimonio, en el que tuvieron ocho hijas y un hijo. En el aspecto profesional y social, papá y mamá representaron, en sus respectivas familias de procedencia, la primera generación con un título de licenciatura (como un curioso dato histórico, mi papá es el primer licenciado en Derecho por la UAA). Al ser integrantes de las primeras generaciones de egresados de esta casa de estudios en una entidad donde había pocas personas con estudios superiores, tuvieron la oportunidad de ser reconocidos en sus campos profesionales: mi mamá trabajó

un tiempo como auditora del Sistema de Administración Tributaria (SAT), antes de dedicarse por completo a la administración de la librería familiar; y mi papá fue, entre otros cargos, juez penal en el estado, subdirector del Centro de Rehabilitación Social (CERESO) para varones de Aguascalientes, y director general de Servicios Sociales y Centros de Reinserción Social del Estado de Guanajuato.

Como pareja de universitarios, ambos decidieron que cada uno de sus hijos sería apoyado hasta que lograra egresar de un centro de estudios superiores; así, todas mis hermanas y yo fuimos al bachillerato de la UAA y cinco estudiamos la licenciatura en esta misma casa de estudios (las otras tres se decidieron por otras universidades); asimismo, en esta generación familiar dimos un paso adelante y cuatro de mis hermanas y yo estudiamos un posgrado (hasta ahora una de mis hermanas tiene doctorado y el resto contamos con maestría).

Si bien nuestros estudios no nos han traído un ascenso en la escala socioeconómica, sí nos han permitido consolidar nuestro pensamiento y posición como ciudadanos responsables, críticos y honestos, que trabajan para vivir en entornos dignos, equitativos y pacíficos. En este tenor, la formación integral recibida por papá y mamá en sus años de juventud se ha visto reflejada en su manera de percibir a su stirpe: en ningún momento hubo distinciones o impedimentos para que mis hermanas y yo estudiáramos la carrera que nos pareciese y, lejos de desincentivar nuestros estudios, mi papá siempre pugnó –sin distinción de género y como lo hicieron, a juzgar por las estadísticas, miles de padres de familia de esa generación– porque todos tuviéramos al menos un título de licenciatura.

Hoy en casa somos dos abogados, dos contadoras, una médico, una licenciada en Turismo, una en Psicopedagogía, una en Negocios y Administración y uno en Letras Hispánicas. Adicionalmente, tres integrantes están estudiando su segunda carrera (entre ellas, mi mamá) o terminando la primera en: Derecho, Psicología, Música y Letras.

Entre todos los recuerdos que podría contar, destacaré tres momentos que determinaron mi ruta de vida. El primero ocurrió cuando estaba en cuarto o quinto semestre de preparatoria. La maestra Yolanda Ramírez Carballo me daba la materia de Literatura y se le ocurrió –para promocionar un certamen de creación literaria que se estaba llevando a cabo dentro de la prepa– darnos un punto extra a quienes concursáramos. Fue el primer certamen al que entré en mi vida, motivado exclusivamente por ese punto que podría darme el diez al final del semestre. En

aquella ocasión el jurado, integrado por Caleb Olvera, Salvador Gallardo Topete y no recuerdo quién más, decidió dar el primer lugar al poema que yo había presentado. Aunque estaba en bachillerato, eso me llevó a considerar seriamente hacer camino profesional como escritor.

El segundo suceso determinante también ocurrió en BACHUAA: estaba yo en quinto o sexto semestre cuando la maestra Nancy Galván, que impartía Orientación Vocacional, me citó para hablar sobre mi futuro. Ahí le expuse mis expectativas, pero sobre todo mis dudas y temores. Ella, con toda su sabiduría y experiencia, me dijo que tal vez podría ser un buen psicólogo o un gran abogado, pero que notaba que a mí me llenaba jugar con las palabras y que muy seguramente era ahí donde encontraría más felicidad y sensación de trascendencia.

Aunque sus palabras me movieron, inicialmente me ganó el temor de hacer carrera en una de las profesiones peor pagadas en el país, por lo que en un principio me decidí por entrar a Psicología, sólo para darme de baja antes de terminar el primer semestre y esperar un año para ingresar a Letras Hispánicas. Ella tenía razón, incluso aunque hubo materias que no me gustaron, sumergirme en el estudio de la lingüística, en el análisis literario, en la escritura ensayística y en la creación literaria siempre me hizo sentir pleno y capaz de aportar algo a los demás.

El tercer momento se divide en dos: una materia optativa de Creación literaria que me dio la maestra Lupita Montoya en segundo o tercer semestre de la licenciatura, y el Certamen de Poesía Desiderio Macías Silva en el que participé y gané estando en el penúltimo semestre de la carrera. Tanto la experiencia en clase como el trabajo de escribir y someter a juicio mi primera *plaque* me volvió a confirmar que leer y escribir eran las dos actividades (después de jugar fútbol) que más me llenaban y hacían sentir –a un mismo tiempo– como un niño en parque de diversiones y como un adulto pleno, que puede dar algo importante a quienes le rodean: me sentía pequeño, ligero y alado; así como grande, firme y visible.

En estas tres experiencias se fincaron las bases por las que decidí entregarme a la escritura, olvidándome de mis temores. Hoy sólo me dedico a escribir y finco en el amor por mi trabajo la fe de que lo demás se irá acomodando.

Para una institución de educación superior, medio siglo de vida es poco. La UAA es todavía una universidad joven que, sin embargo, ha alcanzado un mejor posicionamiento que el de casas de estudio hermanas con periodos de vida equiparables.

El enorme avance que ha tenido en todos los rubros –desde instalaciones, programas educativos y servicios que ofrece, hasta número de estudiantes y personal que cubre las funciones y necesidades de la institución– habla de un proyecto sólido, bien planteado desde un inicio y muy bien ejecutado a lo largo de los años. He tenido la oportunidad de visitar más de una decena de universidades en el país y creo que la UAA no sólo es la más bella (y en este sentido, inspiradora) de todas las instituciones educativas que he visto, sino también una de las que ofrece mejores bases académicas (por lo menos nunca me sentí en desventaja con estudiantes de otras universidades cuando hice intercambios en la Universidad Veracruzana (UV) y en la Autónoma de Puebla, o cuando estudié la maestría en la UNAM, donde incluso me otorgaron la Medalla Alfonso Caso como el estudiante más destacado de mi generación).

La UAA ha llenado de beneficios a Aguascalientes y al país, con miradas de profesionistas y académicos que han propiciado la movilidad social y la generación de bienestar y desarrollo en sus entornos. Desgraciadamente, hay quienes –desde dentro y desde fuera– quisieran reventar a esta noble institución, hacerla botín político o convertirla en su proyecto personal; pero creo que no podrán lograrlo. Generación tras generación, esta Universidad ha demostrado ser mucho más grande y fuerte que cualquiera de esos seres que, con nula ética y calidad moral, han intentado desprestigiarla. La UAA cumplirá por lo menos otro medio siglo siendo el faro que ha sido hasta el día de hoy.

CENTRO
DE LAS ARTES Y LA CULTURA

